

UNA RETIRADA: LA ESPAÑOLA DEL C. E. R. N.

«NOS CONDENA A SER CIENTIFICOS DE SEGUNDA CLASE»

No participar en las decisiones fundamentales del Centro Europeo de Investigaciones Nucleares es perjudicial para la formación de los estudiantes y la ciencia española

Aquella mañana también había dificultades para penetrar en el recinto de nuestra vieja Universidad. El doctor Garrido, catedrático de Física Matemática de la Facultad de Ciencias con quien había acordado por teléfono una entrevista me citó en su seminario. El problema fue llegar allí.

La puerta del ala izquierda, la de Filosofía, estaba clausurada y sufría quemaduras. Las centrales permanecían bloqueadas por los bedeles como la otra, la de Ciencias, única vía posible de entrada para los alumnos, previa exhibición de carnet.

Por no llevarlo, las cabezas de los cejaños se movían negativa e inflexiblemente. Se ve que la excusa del periodista ya la habían usado antes. Quedaba el teléfono; convencerles de que molestaran al catedrático para que les confirmara que —de verdad— me esperaba. Es triste cuando en un país los hombres pierden la confianza en los hombres y la palabra ya no basta...

Fue un paso con escolta de bedel hasta la puerta central, otra vez. Para llamar. El bedel entró. Yo me quedé al sol, frente a la pared gris. Deshicimos de nuevo el camino, aclarado todo.

En el atrio, me dejó sola. Comprendía usted, yo la acompañaría pero no puedo moverme de aquí. Tenemos órdenes muy severas.

El recorrido hasta el extremo del último piso del edificio opuesto es largo y triste. Es triste como los viejismos claustros desiertos, con letras verdes chorreantes aún sobre las paredes pintadas del pasado verano. Es triste y angustioso por el vacío, por el silencio, absoluto, por tener que pisar las cenizas de algo —no se adivina qué— quemado en su suelo.

La Universidad no fue consultada

La nota de la Facultad de Ciencias lamenta la decisión adoptada por España de retirarse del C.E.R.N. Estima que tal medida es perjudicial para la Universidad y la investigación española, por cuanto aumentará las dificultades para nuestra cooperación en las actividades científicas europeas en el campo de la ciencia nuclear.

Los alumnos, por su parte, de esta Facultad, acordaron no asistir a clase como protesta por la retirada, que consideran negativa para un sector de estudios tan importantes como la investigación nuclear. Así las cosas, el catedrático doctor Garrido acepta la entrevista.

—¿Qué hicieron ustedes para evitar esto? ¿Fue la Universidad consultada?

—Según todos mis conocimientos, la

Universidad fue consultada. Por otra parte, el día 30 de septiembre nos reunimos en Madrid un grupo de más de diez catedráticos y agregados de las Facultades de Ciencias de España con una veintena de doctores de las Universidades, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Junta de Energía Nuclear, y colectivamente enviamos una carta a los ministros de Hacienda, Educación, Plan de Desarrollo, Industria y Asuntos Exteriores en que le rogábamos defendiesen la permanencia de España en el C.E.R.N. En ella decíamos que desde 1961, fecha en que España entra en el C.E.R.N., el número de catedráticos y agregados de Universidad españoles que habían ingresado en la Universidad española después de estudiar en el C.E.R.N., había multiplicado por un factor de siete, mientras que el de doctores formados en ciencia nuclear en las mismas circunstancias había aumentado por un factor de treinta, lo cual nos había permitido pasar en siete años de un humillante retraso a un decoroso nivel europeo.

—¿Esta carta fue atendida?

—Esta pregunta sólo puedo responder diciéndole que el señor López Rodó me escribió diciendo que acerca de la permanencia de España en el C.E.R.N. haría cuanto estuviese de su mano, mientras que el señor Villá Palasi, ministro de Educación y Ciencia en otra carta a mí dirigida, dice que «puedo asegurarle que defenderé hasta donde me sea posible la presencia de España en los organismos de cooperación científica internacional».

La contribución española, rebajada

—¿Significaba mucho dinero la contribución de España en el C.E.R.N.?

—España contribuía con más de cien millones de pesetas anuales, a programa básico del C.E.R.N. que durante los tres últimos años suponían el 3,3 por ciento de los gastos de dicho organismo. Esto nos permitía el acceso a una fenomenal fuente de información en el campo científico y a la utilización de costosísimos aparatos que contribuían más efectivamente a la formación intelectual de nuestros científicos y de nosotros mismos, catedráticos de Universidad. Permítame que no juzgue excesiva la contribución de España al C.E.R.N., tanto más cuanto que en el proceso de negociaciones para la retirada de España del C.E.R.N., este último organismo, según me comunicaron directamente desde Ginebra, había aceptado la permanencia de España en el C.E.R.N., reduciendo su contribución anual en un 50 por ciento, lo cual le disminuye a mucho menos de cien millones de pesetas. Esta decisión del C.E.R.N. se tomó con el deseo de no dañar a España.

El ejemplo del doctor Ochoa

—¿No basta comprar libros y estu- diarios, cosa que por otra parte no siempre se hace?

—Permítame que responda diciendo que esta pregunta es demasiado directa, y por tal, aun excusándose, aun pidiendo perdón a los lectores, voy a responder con una anécdota personal. Hace unos años cuando el profesor Ochoa había estrenado el Premio Nobel, don José María Albareda, secretario general entonces del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y yo fuimos a Estados Unidos en misión

oficial científica. Entre los planes que llevábamos figuraba visitar al profesor Ochoa y explorar sus posibilidades de volver a España. Efectivamente, a través del oftalmólogo español doctor Castroviejo, a quien ambos conocíamos, conseguimos rápidamente una entrevista con el profesor Ochoa. Cuando íbamos a visitarle, el profesor Albareda me encargó de iniciar en su presencia la conversación para captarle y hacerle volver a España. Visitamos el laboratorio del profesor Ochoa, hablamos con sus colaboradores y yo me iba enterando de datos como éste: número de colaboradores, unos veinte; presupuesto anual de su laboratorio, alrededor de medio millón de dólares; superficie en metros cuadrados del mismo, yo calculé menos de mil metros cuadrados. Llegó el momento en que yo consideré oportuno abordarle y sugerirle su vuelta a España. La respuesta del profesor Ochoa fue una excusa delicada. Yo seguí preguntando: «¿Esta excusa la da usted por razones políticas?». Respondió que no, pues, todos los años viene a Asturias. «¿Le mueven razones religiosas?», dije yo; contestó que su mujer era profundamente católica. Entonces le dije: «Tampoco puede ser el problema económico, porque los treinta millones de pesetas que usted necesita anualmente para mover su laboratorio se los puede dar el profesor Albareda aquí presente». Finalmente, él concluyó que principalmente la dificultad máxima que él veía era la de falta de ambiente para el cultivo de las ciencias, que puesto que son actividades humanas sólo crecen dentro de una atmósfera humana en que se las aprecie como ciencias, y al preguntarle: «¿Qué resolución ve usted a este problema?», su respuesta fue: «Crear infraestructuras adecuadas en España y una fuerte colaboración internacional en materias científicas que dará el aliento espiritual a estas infraestructuras». Poco después, a petición mía, el rector de la Universidad de Nueva York, de la que es profesor el doctor Ochoa, me recibió con estas palabras: «Admiro su audacia de venir a Nueva York a quitar un Premio Nobel a una Universidad americana; quiero decirle, profesor Garrido, que estamos muy orgullosos de su compatriota, y que por nada del mundo le dejaremos marchar.»

Dejaremos china

—¿Qué es primero: la cooperación internacional o la ayuda directa a los centros docentes e investigadores españoles?

—Mire, voy a leerle a usted una cita de este libro sobre mi mesa, que se llama: «Sabiduría de China». Se atribuye en él a Confucio lo siguiente: «Si quieres ayudar a un hombre, no le des un pez, enséñale a pescar.» La enseñanza en España tiene uno de los presupuestos más bajos con respecto a la renta nacional de casi toda Europa, y si nos referimos a la investigación, me es cañar. El silencio es más elocuente.

—¿Hay algún sistema para contrastar la decisión de abandono del CERN?

—Paliarla es posible. Se puede crear una infraestructura en España para trabajar en estos campos y dar el suficiente dinero a los estudiantes y profesores para que puedan ir con frecuencia a estudiar al CERN a fin de traer los conocimientos allí aprendidos a España. Pero hay que hacer una observación. Muchas veces la colaboración de organismos españoles con centros científicos internacionales no deja de ser más que un deseo hablado de los centros españoles sin ninguna consecuencia práctica. Pongamos un ejemplo. Poco antes de la Semana Santa del año en curso el British Council me invitó a establecer contactos científicos con las universidades de Londres, Oxford, Cambridge y Bristol.

Allí me enteré del programa de intercambio de profesores de la Royal Society entre las universidades europeas. Vuelvo a España escribí al doctor Martín, secretario de la Royal Society, y le pregunté si nuestro país participaba en el programa de intercambio de profesores. Efectivamente dijo: España participaba estando representada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Cuando me dirigí a este organismo español para preguntarle como podía hacer efectiva la colaboración con las universidades europeas, la respuesta fue que verdaderamente el Consejo había firmado un acuerdo con otros centros europeos, pero que prácticamente no había fondos para esta colaboración.

...A papel de cenicienta

—En definitiva, ¿la fórmula que usted sugiere es equivalente a ser miembros del CERN?